Al pasar por el corredor alargó la cabeza por la puerta de los Bijard y vió á Eulalia muerta. Como viese luz en el cuarto del tio Bazouge, entró en él deseando emprender el mismo viaje que la pequeña.

El viejo habia vuelto á casa con una turca tal que se quedó dormido en el suelo á pesar del frio. El ruido que hizo Gervasia le hizo despertar.

—¡Cierre V. la puerta! dijo que frio hace.....Pero ¡como! ?Es V.?.....?Qué ocurre, que desea?

Entonces Gervasia, extendiendo los brazos y sin saber lo que decia, balbució suplicante:

—¡Oh! ¡lleveme V., lleveme V! quiero dormir para siempre..... y se puso de rodillas; miéntras el tio Bazouge, medio despierto, creyendo que aquello era una broma, le contestó:

—Haga V. el favor de no venir á reirse de mí.

—¡Lléveme V! repitió mas ardientemente Gervasia.

Hoy no tengo miedo. Lléveme V. à dormir eternamente y verá V. como no me muevo.

Bazouge le contestó:

—Usted está en lo cierto, vecinita, pero eso no se puede arreglar tan fácilmente..

—¡Lléveme V., lléveme V! seguia gritando Gervasia.

—Repito que no puede ser. Hay ántes una pequeña operacion... Ya sabe V. cuál es. Y diciendo esto hizo un esfuerzo con la garganta, como si se tragase la lengua.

Gervasia se levantó lentamente y entró desesperada à su habitacion, echándose sobre la paja, arrepentida de haber comido. ¡Oh! ¡la miseria no mata tan pronto!

## XIII.

Aquella noche no apareció Coupeau, y al dia siguiente, Gervasia recibió diez francos de su hijo Estéban, que era maquinista del camino de hierro. El pobre muchacho, enviaba de cuando en cuando algun socorro pues sabia el estado de la casa. La planchadora puso su cocidito y lo comió sola, porque Coupeau no habia vuelto todavia. Esperòle en vano toda la semana, hasta que el domingo recibió un papel impreso en que le anunciaba que el cerdo de su marido estaba muriéndose en Santa Ana.

Gervasia no se molestó. Ya sabia él el camino y volveria solo del asilo, si es que le hacian el condenado favor de volverlo á curar.

Sin embargo, el lùnes, despues de un ligero festin con que se regaló bajo el pretexto de que hacia uu

tiempo agradable y que le convendria dar un paseo para hacer la digestion, tomó el camino del Asilo despues de medio dia. Cuando llegó y dió su nombre, le contaron que habian pescado á Coupeau en el Sena, al que se arrojó desde el Puente Nuevo.

Un guardian la condujo adonde estaba su marido, y al subir una escalera oyó una especie de rugidos que la asustaron.

—¿Qué tal?... ¡Vaya una música que trae! le dijo su acompañante.

—¿Quién? preguntó ella.

—¿Quièn ha de ser? ¡vuestro marido! Así está desde ayer, y baila que es un gusto. ¡Ahora verá vd!

¡Dios mio! ¡qué espectàculo..... La celda estaba acolchada de arriba abajo. Dentro estaba Coupeau súcio y desgarrado, danzando y gritando. Aquello ponia los pelos de punta.

—¡Señor! ¿qué es lo que tiene? ¿qué es lo que tiene? repetia Gervasia.

Un interno, con su mandil blanco, tomaba notas tranquilamente, sin separarse ni un instante del enfermo, porque el caso era raro.

—Quédese vd. aquí si quiere, dijo à la planchadora pero estese V. quieta. Háblele V. probablemente no la reconocerá.

En efecto, Coupeau ni siquiera advirtió la presencia de su muger. Tenia los ojos inyectados de sangre, los abios llenos de costras y su cuerpo despedia un sudor espeso y biscoso.

Gervasia se acercó al interno y le dijo:

—¿Esta vez es grave la enfermedad?



El alumno movió la cabeza y le dijo:

—Calle V. y déjeme escuchar.

Coupeau hablaba con frases entrecortadas. Sus ojos brillaban de un modo especial, y miraba á todas partes diciendo:

—¡Ah! ¡qué bonito!.... hay castillos y una feria... Què linternas entre los árboles!... ¡Qué fuentes!... ¡el agua canta como un niño de coro!...

—Me voy, señor, ¡buenas tardes! dijo Gervasia al interno. Esto me pone mala. Ya volveré.

Estaba amarilla como la cera, y miéntras bajaba las escaleras, seguia oyendo la baraunda que traia su marido.

Por la noche toda la gente de la casa hablaba de la extraña enfermedad de Coupeau. Los Boche, los Lorilleux y hasta la Sra. Poisson, que miraban á Gervasia hàcia tiempo por encima del hombro, la llamaron á la portería para que les diese detalles.

Como no la comprendian bien, hizo que le dejaran sitio; y miéntras todos la miraban, imitó la danza infernal de Coupeau y su horrible canto con gestos abominables. Todos quedaron admirados, pues segun añadió, llevaba treinta y seis horas sin dejar un momento aquel desenfrenado baile, siendo así que no habia quien resistiese tres horas seguidas. Despues de esto, Gervasia dió las buenas noches y se retiró. Al dia siguiente se decidió á no ir, pues no queria perder el juicio. Sin embargo, al dar las doce no se pudo contener, y sin saber còmo, se encontró á las puertas del Asilo.

No tuvo que preguntar, pues desde la escalera oyó el mismo escándalo que el dia ántes. En el corredor encontrò al guardian de la víspera y le dijo:

—¿Con qué sigue lo mismo?

—Lo mismo, contestó él.

La planchadora entró, pero se detuvo en la puerta porque habia gente con Coupeau. El alumno estaba de pié, y su silla la ocupaba un señor anciano, calvo y con hocico de garduña. De seguro debia de ser el médico.

Gervasia, empinándose por detrás de su cráneo, devoraba con la vista à Coupeau, que seguia con la brega del primer dia.

Al fin el viejo se apercibiò de su presencia. y cuando el alumno le dijo que era la esposa del paciente, empezó á preguntarle:

—¿Bebia el padre de este hombre?

—Sí señor, un poquito, como todo el mundo... Un dia que estaba borracho se mató cayéndose de un tejado.

—¿Y su madre, bebia?

—Alguna que otra gotita..... ya comprende vd. .....Mi esposo tuvo un hermano que murió muy jóven de convulsiones.

El mèdico se fijò en ella, y añadió con voz brutal:

—Usted, ¿bebe tambien?

Gervasia tartamudió y se defendió, pero el médico le dijo.

—¡Usted bebe! Tenga V. cuidado, pues ya ve V. á dónde lleva la bebida..... El mejor dia morirà V. de la misma manera.

La planchadora quedó inmóvil y aterrada. El médico le volvió la espalda y siguió estudiando los síntomas que ofrecia Coupeau que parecia un verdadero polichinela cuyos movimientos obedecian á las contracciones de un hilo invisible.



El plomero se quejaba con voz sorda y parecia sufrir más que el dia ántes.

¡Tengo sed! ¡Tengo sed! gruñia continuamente.

El alumno le alargó un vaso de limonada. El lo cogió con ambas manos y bebió ansiosamente un trago, pero le arrojó en seguida gritando furioso.

—¡Esto es aguardiente!

Entònces el practicante à una señal del médico le dió un jarro de agua. Esta vez tragó una poca, rugiendo como si hubiera tragado fuego.

—Esto tambien es aguardient

Desde la vìspera, todo lo que bebia le parecia aguardiente, lo cual aumentaba su sed. Lo mismo sucedia con la comida.

El médico se volviò hàcia el practicante, y le preguntó á media voz:

—¿La temperatura se conserva á cuarenta grados?

—Sí señor.

El doctor hizo una mueca y añadió.

—El mismo tratamiento; caldo, leche, limonada citrica y extracto de quinina; no se separe V. de él.

Dicho esto salió, y Cervasia lo siguió con la idea de preguntarle si habia esperanzas, pero iba tan grave y espetado que no se atrevió á hablarle. Despues de vacilar si volveria á entrar ver á su marido, se decidió á marcharse, pues por aquel dia tenia de sobra.

Naturalmente, en la casa la estaban aguardando y la llamaron à la portería para preguntarle por Coupeau. todos se admiraron al saber que todavía seguia con su

danza. Nunca habian visto cosa igual. Entónces Boche le suplicò que repitiese la escena del dia ántes, imitando à Coupeau. Aunque Gervasia temia ponerse mala; deseando probar que no era un cuento, empezó el baile, pero á los tres saltos dijo que no podia, con gran disgusto de todos, pues lo hacia muy bien. En aquel momento salió Virginia y empezaron á hablar del matrimonio Poisson, que estaba en la última. El dia àntes le habian embargado, y el marido iba á quedar cesante; en cuanto á lantier hacia la corte á la hija del dueño del restaurant de al lado, en donde queria establecerse. Pero todo callaron derepente viendo á Gervasia que estaba sola en un rincon ensayando el baile de Coupeau. Al verse sorprendida se escabulló y subió á acostarse.

Al dia siguiente los Boche la vieron partir al medio dia. Aquel dia temblaba el corredor con el estruendo que hacia Coupeau. Estaba loco rematado. Su voz salia ronca y espantosa, y se inclinaba vivamente, diciendo que los soldados estaban en el patio apuntàndole con sus fusiles.

—¡No tireis!..... ¡no tireis! repetia..... ¡Hola! ¡buenos dias! añadió luego dirigiéndose á la pared, de espaldas á su muger.

—¿A quièn ve vd? le preguntó el practicante.

—¡A mi muger! pardiez.

Esta siguió aterrada, la direccion de los ojos de Coupeau, que siguió diciendo:

—¡Ya sabes que no me mamo el dedo!.... ¡Vaya un vestido que traes, bribona!..... ¿Dònde lo has



ganado?.... Yo te ajustaré las cuentas. ¿Quién es ese que se esconde tras de tí?... ¡Ah ya le conozco!

—¿A quién ve V., pues? repitió el alumno.

¡Al sombrerero! ¡al sombrerero! rugía Coupeau.

Y como el jóven preguntase á Gervasia, ésta avergonzada no supo qué contestar.

De pronto Coupeau, bañado en sudor y con el cabello erizado, cayó de espaldas en el lecho lanzando dos gritos lastimeros.

—Señor, señor, ¡ha muerto! dijo Gervasia juntando las manos.

Justamente, en aquel momento entró el médico con otros dos, y los tres se inclinaron. Los piés del enfermo seguian moviéndose, y el médico principal dijo:

—¡Se ha dormido!

Sin embargo, le examinaron y vieron que á pesar del sueño, no solo los piés, sino que todos los miembros seguian agitándose febrilmente.

Los médicos se marcharon y Gervasia se quedó con el practicante. Pasada una hora le dijo:

¿Ha muerto?

El le contestó que nó, pues seguia moviendo los piés.

Pasadas otras dos horas, los piés quedaron de pronto nmóviles, y el practicante se volvió à Gervasia y dijo:

—¡Ya está!

La muerte sola habia detenido su movimiento.

Cuando la planchadora volvió á su casa halló la portería llena de gente que hablaba con gran calor. Creyendo que la estaban esperando, dijo tranquilamente:

—¡Ya ha espichado!

Pero nadie la oyó. La casa estaba alborotada, porque Poisson habia cogido á Lantier con su esposa. Cada uno contaba el caso á su manera; pero lo cierto es que Poisson, que se puso como tigre en un principio, se habia apasiguado, sin duda con las razones de Lantier. Boche dijo, que decididamente la hija del dueño del restaurant tomaba la tienda para poner una tripería.

Entre tanto, Gervasia viendo á la Sra. Lerat y Lorilleux, les dijo:

—¡Ya ha muerto!..... ¡Dios mio! qué cuatro dias ha levado.

Las dos hermanas se llevaron el pañuelo à los ojos, porque despues de todo, Coupeau era su hermano. Boche dijo encogiéndose de hombros:

¡Bah! ¡un borracho menos!

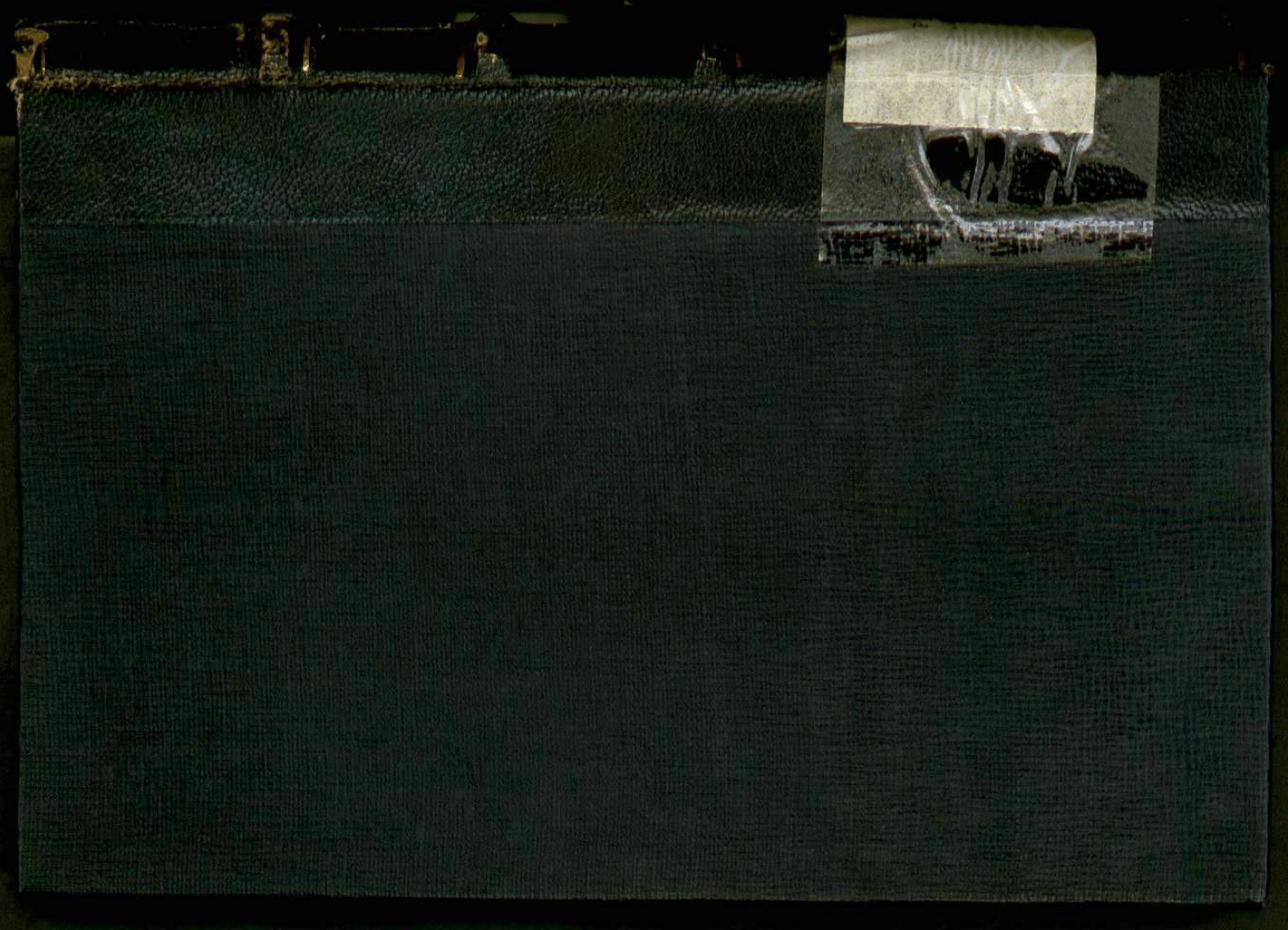
Desde aquel dia, Gervasia quedó como tonta, y una de las cosas muy curiosas de la casa era el verle imitar el baile y los gritos de Coupeau. Así vivió unos meses cada vez mas degradada y mas muerta de hambre Como por aquellos dias habia muerto el tio Bru, heredó su covacha.

Allí pasó sobre un monton de paja hambres y frios horribles, reducida al mas completo idiotismo. Nadie llegó á saber de que habia muerto. Lo cierto es, que como una mañana notasen que olia mal el corredor, recordaron que no la habian visto en dos dias, y la encontraron ya corrompida.

Justamente le tocó al tio Bazouge llevarsela en la caja de los muertos. Cuando reconoció á la dlfuta se conmovió algo, y cogiéndola con sus negras manos con



la mayor delicadeza posible, le dijo tartamudeando mientras la colocaba en el ataud:

—Oye bien... Yo soy Bibi la Gaietè, el consolador de las señoras..... !Vamos! ya eres dichosa! ¡Duerme hermosa mia!....

FIN.